

XXVI.

La muerte de Lili.

Lili fué digna de figurar en un medallón cerca de la estatua de su hermana Esther. Se ha dicho que se mató con los combates teatrales; pero la verdad es que sucumbió en otro combate diferente.

Esther tenía sus días de seducción, y sobre todo sus horas de indecible encanto, que seducía todos los corazones. Lili no era una maga ni era hermosa, y sólo poseía el atractivo de la juventud, que se reflejaba en su fisonomía. No era fea tampoco, con sus expresivos ojos y su graciosa sonrisa, sus blancos dientes y sus labios descoloridos. Muchos enamorados la asediaban entre bastidores; su casa era el verdadero templo de una virgen, en el que ninguno penetró.

Como era mujer de ingenio, ella misma se refería de su virtud; refería á sus hermanas las emboscadas que le preparaban sus adoradores y les leía todas las declaraciones de guerra que se llaman generalmente declaraciones de amor.

El más asiduo de sus pretendientes era un periodista, del cual solía decir Lili, riéndose: «Ese valiente perro de presa no me causa más temor que los otros, y es, por otra parte, un verdadero perro guardián, que mantiene á cierta distancia á los más obstinados.»

Aquel feroz pretendiente escondía sus garras para escribirle las cosas más tiernas. Siempre que representaba se le veía en las butacas de orquesta. Cuando le encontraba, nunca dejaba de preguntarle á cuántos grados *Reaumur* se hallaba su pasión.

—¡Ay! (me contestaba, porque no era fatuo); he llegado á la temperatura del Senegal; pero Lili está siempre bajo cero.

Un día, día fatal, se sintió vencida. No fué ni un escritor, ni un actor; fué un agregado de embajada, que encontraba al principio entre bastidores, y que concluyó, después de un sitio en toda regla, por ser el preferido.

Esther comprendió en seguida que aquello era una cosa seria; pero no le dijo nada, no queriendo divertirse con su hermana, como lo había hecho con otras.

Un día, sin embargo, le dijo Lili estas solas palabras, con la sonrisa de la felicidad, que es como el arco iris en la tempestad.

—Ya terminó.

Esther no se había equivocado. Había conce-

dido un año á su virtud; hacía, pues, un año justo que había jurado ser inaccesible.

La pobre Lili, que parecía querer abandonar la tierra, pero que había sobrevivido valientemente á su triunfo enfrente de Esther, en *Ángelo*, no pudo sobrevivir á su felicidad.

Fué tan feliz de ser feliz, que, al cabo de algunos días, todo el mundo habló de su palidez.

Su madre quiso arrancarla de los brazos de su amante; pero ella se resistió con amoroso frenesí. Era la revancha del amor tan largo tiempo desdeñado. Llegó un momento en que se negó á representar, tan entregada se hallaba al fuego de su pasión. En fin, un día fué Esther á ver al Director.

—Ya sabe V. (le dijo) que Lili está medio muerta; deme V. una licencia de ocho días para llevarla á Aguas-Buenas.

Lili llegó también muy pálida y vestida de negro; no dijo una palabra; estrechó la mano del Director, y se echó á llorar, reclinada sobre el pecho de Esther.

—Adiós, mi querido Director (dijo): abráceme V., y espéreme, porque volveré.

Pero no volvió.

Era horroroso aquel ensañamiento de la felicidad: adoraba á su amante; su amante la adoraba á ella. Parecía la segunda edición de Fontenay con la señorita Borval, que concluyeron por mo-

rir los dos. Aquí el agregado de embajada no murió: probablemente llegaría á embajador. Pero Lili abandonó bien pronto este mundo, en donde el alma mejor templada es casi siempre vencida por el corazón.

El verdadero drama fué en Aguas-Buenas. Esther había concluído por separar á los amantes. Pero habían conseguido, como por despedida, hacer juntos el viaje. Él había querido conducirla por sí mismo hasta el manantial que debía devolverle la vida.

Aquí empieza este drama, imposible de referir.

Partió el amante, y ella lloró, porque presentía que no le volvería á ver. Le prometió que la escribiría diariamente, y así lo hizo.

Los que hayan estado en Aguas-Buenas saben muy bien que el cartero se anuncia todas las mañanas con una pequeña campanilla; Lili esperaba todos días aquel sonido como Julieta esperaba la serenata de Romeo.

Los primeros días corría en busca de la carta, y la leía veinte veces bajo las árboles del paseo horizontal; pero bien pronto se puso tan enferma, que le fué necesario quedarse en cama.

Le subían la carta, y la recibía con una explosión de lágrimas y de caricias.

El célebre doctor Barralde, que durante su vida ha representado un grande y misterioso

papel, era el médico de Lili. Se apercibió del prodigioso poder de las cartas de su amante.

Desde el momento en que Lili apoyaba sus labios en el sobre, aspirando aquel perfume tan grato á su corazón, se entregaba á tal efusión amorosa, que parecía que era su mismo amante.

Volvía en sí, pero aquellas sensaciones se repetían muchas veces mientras leía la carta.

Barralde tomó las manos de la pobre niña, y le suplicó que no leyera aquellas cartas apasionadas, diciéndola que no podría salvarla si no tenía prudencia por su parte.

Temiendo que su consejo no fuera atendido, escribió á Esther indicándole la conveniencia de calmar aquellas sensaciones de la enamorada; pero la enfermedad había hecho ya tales progresos, que bien pronto Lili no tuvo fuerzas siquiera para leer las cartas tan anheladas.

Cuando se las llevaban, las besaba y las ponía debajo de su almohada, sintiéndose demasiado débil para leerlas, como la señorita de Lespinasse con las últimas del caballero de Mora.

Pero era demasiado todavía el besar la carta de su amante, y se desvanecía cuando la llevaba á sus labios.

La almohada la abrasaba como si fuera de ardientes llamas; así es que el doctor Barralde prohibió á la camarera entregar las cartas á Lili, lo que fué una pena para ella, aun estando como

estaba á las puertas de la muerte. Para consolarla, le dijo la doncella que su amante la escribía como siempre, pero que, por orden del doctor Barralde, no le podían entregar las cartas sino después de tres ó cuatro días.

Lili no insistió; pero, á pesar de eso, el doctor no consiguió impedir aquel vértigo amoroso de por las mañanas, aquel síncope que iba concluyendo de matar á Lili, porque el simple sonido de la campanilla ejercía sobre ella la misma influencia que la carta. Llegó á tal punto, que el Doctor suprimió la campanilla. Pero todo era inútil: Lili espiró en medio de un último desvanecimiento.

Se le habían recogido todas las cartas que guardaba bajo su almohada, menos una que logró ocultar. Un día la tomó, y se incorporó un poco para verla mejor; la devoró á besos, y espiró lanzando un grito del más supremo y voluptuoso amor. Barralde me ha referido esta escena punto por punto, como médico y como fisiologista.

No era la primera vez que asistía á aquel espectáculo de la pasión que no domina la muerte; pero lo que él no había visto nunca era, no diré una más bella, pero sí una más casta y más pura víctima sacrificada sobre las aras de Afrodisa. ¡Lili se había sacrificado á sí misma!

XXVII.

Los rosales de Lili.

Esther no podía consolarse de no volver á ver á Lili. Quiso ir á llorar á la casa que tan desprendidamente le había amueblado en la calle Mogador; pero la primera vez se detuvo en la escalera; al fin la segunda traspasó los umbrales, y derramó abundantes lágrimas; encontró algún consuelo en respirar en los mismos sitios en que su hermana había vivido.

De pronto quedó sorprendida al ver dos rosales magníficos sobre la chimenea de la alcoba. ¿Quién había llevado aquellas flores?

Bajó y preguntó al portero por qué milagro se encontraban allí aquellas rosas, puesto que ni su madre ni sus hermanas habían vuelto á casa de Lili. Pero el portero dijo que no lo sabía.

Esther subió, acompañada del portero, y le rogó que bajara los rosales y los colocara en su berlina.

De la calle Mogador se fué directamente al